

MARTÍN CRIADO, ENRIQUE (2010): *La escuela sin funciones. Crítica de la sociología de la educación crítica*. Barcelona. Bellaterra

“La escuela sin funciones” representa un esfuerzo bastante materializado de identificación de las contradicciones lógicas y empíricas de distintas teorías sobre las funciones de la socialización escolar en las sociedades estructuradas a partir de la desigual distribución y desigual valor de los títulos, las oportunidades y las experiencias escolares. Plantea el autor que, por mucho que movilicen signos ideológicos invertidos, las teorías enmarcadas en la “sociología de la educación crítica” —la influyente tesis bourdiana del sistema educativo como máscara para la reproducción social mediante la reproducción cultural y la teoría neomarxista de la escolaridad como anticipatorio mecanismo de estratificación e integración no conflictiva de la mano de obra— comparten presupuestos de base con las, en muchos otros aspectos contrarias, concepciones parsonianas —ya localizables en el programa de Durkheim— sobre la escuela de masas donde se imbrican dos axiologías consensualistas frente a las que la izquierda intelectual ha respondido con desigual fortuna. La primera, la consideración de la escuela como mecanismo de producción de armonía y cohesión social imprescindible para evitar disfunciones en sociedades complejas mediante el moldeamiento de la concien-

cia de los sujetos. La segunda, una visión sí desmontada por la sociología crítica aunque con escasos efectos sobre las representaciones populares, la consideración del sistema escolar como neutro aparato de administración meritocrática, eficiente y necesaria de posiciones en la división social del trabajo.

Incidan bien en el enmascaramiento del conflicto y de la dominación a la que contribuiría la escuela, bien en la inevitabilidad de la socialización escolar para el mantenimiento del orden social, críticos y conservadores de los papeles atribuidos al sistema educativo coincidirán en que éste se explicaría por un conjunto orquestado de funciones que sólo podrían desempeñar, para bien o para mal, las instituciones escolares. Estas corrientes compartirían “la hipótesis pedagógico funcionalista”, a partir de la cual verían la escuela como un todopoderoso mecanismo de socialización, de temprana interiorización, y de homogeneización cultural, esto es, como un dispositivo extendido capaz a la postre de absorber o enmascarar cualquier contradicción y tensión social, y de prestar con ello un insustituible papel para el mantenimiento de la reproducción de un orden social cuya bondad se afirma axiológicamente

o, en cambio, se pone en cuestión mediante argumentos y datos.

Esto último, dudar y utilizar muchas veces la ciencia como fundamental forma de liberación capaz de articular efectivamente la movilización contra la ideología y la práctica de la dominación en diferentes esferas sociales, es lo que ha hecho o intentado precisamente buena parte de esa sociología de la educación crítica que resulta criticada profusamente en este libro por compartir implícitamente con el contendiente los supuestos de la citada “hipótesis pedagógica funcionalista” (aquí sintéticamente expuesta, véase p. 61-64). Pero una cosa es criticar y otra minusvalorar. No es el caso: “la sociología de la educación crítica ha aportado análisis y argumentos que han desarmado, por ejemplo, la creencia en la escuela como instrumento de igualdad social. La propia contienda es, de hecho, el terreno donde se han forjado numerosas herramientas imprescindibles para comprender los sistemas educativos” (p.21).

Una de esas herramientas es el concepto bourdiano de campo. Como se observa en la obra reseñada, y más claramente en otra contribución anterior de Martín Criado (2004a), las premisas que soportan dicho concepto, así como la poderosa heurística a la cual éste invita, fueron tenidas en cuenta muy desigualmente por el propio Bourdieu en los distintos momentos que dedicó al análisis del sistema escolar francés. Martín Criado sí aplica en cambio este concepto de raigambres weberianas a lo largo de todo su análisis —en el cual no faltan las aportaciones de autores como Elías, o de grandes historiadoras de la educación como Archer— para ofrecer una visión alternativa al funcionalismo que habría dominado en sociología de la educación.

Entre muchas otras, las páginas (165- 193) dedicadas a las potencialidades, usos y abusos del concepto de campo evitan cualquier encasillamiento

del libro como mero ensayo de sociología de la educación que buscaría una tardía distinción a través de la crítica a teorías mecanicistas ya bastante criticadas, convirtiendo la obra, en cambio, en un trabajo muy a tener en cuenta por quien quiera encontrar herramientas teóricas para hacer sociología. En concreto, la teoría de los campos manejada contribuye a la disección de la sociogénesis y de las dinámicas específicas de las instituciones educativas como sistema multi-integrado expuesto a una continua recomposición interna y modificación de sus límites con otros campos a partir de variaciones en las correlaciones de fuerza entre los distintos actores que lo configuran.

Aunque no lo considero un proceso asegurado, la mejor sociología que uno ha alcanzado a conocer suele ser crítica. Como lo es también esta obra, cuya singularidad también estriba en aportar algo que suele faltar en muchos de los otros análisis críticos del sistema educativo: una apasionante perspectiva histórica que ayuda a poner en entredicho la idea de las funciones latentes y manifiestas que compartirían las instituciones educativas.

Así, por un lado el libro muestra como los campos escolares desarrollan una dinámica propia, fruto de las relaciones y luchas de intereses y de poder entre los agentes implicados, cuyos resultados no han podido ser diseñados ni previstos por ninguno de los actores que lo ocupan. Las posibilidades de incidir en el campo escolar, subraya Martín Criado, dependen de las relaciones de fuerza entre los distintos actores cada vez más necesariamente e inestablemente implicados en ese espacio de luchas. De esta manera, “al socializar el sistema escolar a toda la población, todos se ven afectados por su funcionamiento. La interdependencia entre el sistema escolar y el resto de la sociedad se amplía, lo que genera nuevas dinámicas. Por la pluralidad de intereses implicados, el cambio educativo siempre es resultado de pactos

entre múltiples grupos. Por ello, nadie puede conseguir un sistema educativo a su medida. Además, la propia dinámica del sistema educativo y las estrategias posteriores de los distintos actores —docentes, familias, sector privado...- generan numerosos efectos no previstos ni deseados.” (p. 222)

En este sentido, una de las ideas más interesantes que se desarrollan y sustentan es la de que la creciente interdependencia con respecto al sistema educativo de distintas fuerzas sociales y esferas del Estado, contribuirá a aumentar la autonomía de los cuerpos escolares; autonomía sobre todo con respecto a los intereses de las fuerzas del mercado o de una clase dominante que ha encontrado en la dinámica de expansión escolar posibilidad de beneficios —el ahorro de costes de selección y formación, el mantenimiento de un ejército de reserva preparado y competitivo merced a la tendencia inflacionista de las credenciales, la reserva de las mejores plazas para sus herederos y meritorios etc.. Pero también muchos obstáculos y efectos perversos desde el punto de vista, por ejemplo, de la subsunción real de la mano de obra en la que tanto han incidido distintas versiones críticas de la educación reactualizadas a partir de la difusión viral de documentales soporíferos como “la educación prohibida”.

Pero por otra parte, el libro también da cuenta de regularidades y realidades injustas en el orden social contra las que conviene seguir rebelándonos, pero que ni tan siquiera los más felices e inclusivos sueños escolares han contribuido por el momento a modificar. Así, la sociología histórica del campo escolar que emprende Martín Criado revela como los campos escolares nunca han constituido un espacio de competencia entre iguales. En otras palabras, por mucho que aparezcan obreros, mujeres, minorías étnicas y reformadores compensatorios y compensivos en la escena educativa, existen

históricamente grupos y sectores sociales regularmente beneficiados por el sistema educativo, ya sea la composición social de su alumnado restringida socialmente o mucho más amplia. Son generalmente grupos que, una vez ya no basta la prueba del linaje y de la cuna para mantener posiciones en la jerarquía social, siempre se las apañan —mediante estrategias bien documentadas en la obra— para neutralizar a buena parte de los que llegan a la escuela desprovistos de capital cultural, y sin tantas motivaciones intrínsecas para aprender cosas muchas veces inútiles, explicadas y evaluadas además por métodos principalmente útiles, pero para la selección social del alumnado y la posterior jerarquización del valor social de los sujetos.

Así, como ya hiciera en otra ocasión (Martín Criado, 2004b), tampoco en ésta puede dejar el autor de advertir que la cultura escolar tantas veces contemplada como solución ideal para los más diversos problemas sociales, así como bien de salvación ideal para todos los ciudadanos, en la práctica lo que suele constituir es un bien de salvación bastante real para las *clases cultivadas*, que consiguen monopolizar posiciones merced a los títulos escolares. Son éstos los grupos que mayormente consiguen, mediante el mayor control sobre el sistema escolar, mayores ventajas sociales y licencias para, incluso, permitirse explicar los problemas sociales, en vez de como producto de desigualdades combatibles con políticas sociales, como productos de déficits culturales y desviaciones de los demás sólo enmendables con más escuelas.

La obra también consigue desprenderse de ciertas inconsistencias presentes en la perspectiva con la que, no obstante, más sintoniza un autor: el credencialismo. Este enfoque neweberiano habría permitido comprender el sistema educativo como espacio central para iniciar y asegurar la materialización y legitimación de estrategias de cierre social

amparadas por el Estado, aunque a costa de contemplar frecuentemente el proceso escolar y sus títulos como meros avales de una coartada exclusivamente al servicio de la monopolización de posiciones sociales. Frente a esta visión un tanto simplificadora, se nos precisa que si bien es cierto que los títulos tienden a asegurar privilegios mucho más allá de los aprendizajes efectivos y de las capacidades técnicas, también lo es que esta forma dominante de cierre social no habría cobrado tanto peso en la estratificación social si no fuera porque dicha estrategia se establece a partir de una necesidad creciente de conocimientos abstractos y de técnicas cuya adquisición exige de cada vez mayores aprendizajes específicamente escolares (p. 226).

Aunque es de agradecer que nos ahorre el tener que leer ochocientas veces términos como globalización, Martín Criado también casi concluye afirmando la necesidad de tener en cuenta que el campo educativo, especialmente en nuestros días, rara vez se limita al espacio de un Estado, debiéndose prestar atención a los efectos cada vez más evidentes de los entramados interestatales que monitorizan las incesantes reformas y contrarreformas escolares, y que están vehiculando la extensión apenas contestada de nuevas metodologías y teologías de la educación sobre las que convendría reflexionar mucho más crítica y pormenorizada-

mente en futuros trabajos. De hecho, una de las operaciones menos convincentes del libro ahora reseñado es la concesión a la pedagogía lúdica en la que incurre su autor (p. 369) para explicar las trampas del juego funcionalista —en clave conservadora y crítica— mediante el ejemplo del fútbol. Un libro (presumimos que) de tan ardua elaboración, y representante de un bien orientado y no avieso ejercicio de escritura con y contra algunos presupuestos del sociólogo más trascendente de la segunda mitad del siglo XX, Pierre Bourdieu, a cuya obra tanto seguiremos debiendo, quizás hubiera merecido otro final más acorde a la seriedad de la obra.

BIBLIOGRAFÍA:

MARTÍN CRIADO (2004 a). “De la reproducción al campo escolar”, en ALONSO, L. E., MARTÍN CRIADO, E., y MORENO PESTAÑA, J. L. (eds.). *Pierre Bourdieu: Las herramientas del sociólogo*. Madrid, Fundamentos, 67-114.

MARTÍN CRIADO (2004 b). “El idealismo como programa y como método de las reformas escolares”. *El nudo de la red*, 3/4, 18-32.

Manuel Ángel Río Ruiz
Universidad de Sevilla